

Luz.—Recuerdas aquella leyenda que José, el viejo jardinero, nos contaba a su manera, mientras nosotros sentados sobre sus rodillas le acariciábamos las barbas? La leyenda de la ciegucecita de la montaña que un día recobró la vista, y al darse cuenta de las cosas de la tierra, tan distintas de cómo se las forjara, sufrió tal desencanto que ella misma se apagó los ojos...

Ahora cuando empiezo a enterarme de tantas miserias, de tantas cobardías, me entran ganas, a veces, de hacer como la ciegucecita para no ver más...

MARCELO.—Cuántos piensan como tú! Lo malo no está en ver, sino en no saber ver. Nunca se aprecia al vuelo la belleza íntima de las cosas y la gracia suprema de los sentimientos.

Mira atentamente lo que ha pasado entre tú y yo...

Tu existencia tiene la tristeza de un ánfora vacía... Quisiera verter algo en ella...

Luz.—Marcelo...

MARCELO.—No temas, Luz, no intento profanar la más alta de mis quimeras. Tengo contigo una gran deuda de gratitud. Tú lo ignoras. En mis fiebres y en mis dudas de los veinte años, tú has sido mi guía. He sido bueno muchas veces por tí, cuántas con el pensamiento en tí me consolé de mis caídas y del dolor de otras mujeres!

Luz.—Calla, Marcelo.

MARCELO.—Tú tienes la culpa de que hable: de la mano me llevaste al pasado; al campo en donde corrimos juntos... Y yo he venido desandando el camino; y aunque he querido hacerlo solo, no he podido; tú siempre vienes conmigo, porque estás en todas las evocaciones felices de mi vida...

Luz.—Qué buenos éramos entonces!

MARCELO.—Tú has seguido siéndolo... No tienes otro pecado que el corazón: no lo hubieses oído, que será mal consejero mientras los demás no dejen de vivir de apariencias.

Luz.—Te he dicho, Marcelo, que calles.

MARCELO.—Hace mucho tiempo callo, y hoy quién sabe si por última vez, necesito hablar, las palabras me ahogan... Vengo deshaciendo sin quererlo el camino de mi vida... y en todas partes tropiezo contigo... En tanto que Angela, despótica, convirtiéndome en siervo de sus caprichos, me obligaba a pensar en la muerte... en poner fin a mis

torturas, por cobardía, tú, involuntariamente, me apartabas: era la Vida que sonreía al través de tu tristeza...

Noches y noches pasé en claro familiarizándome con la idea de desaparecer, y en medio de las sombras te presentabas tú con los ojos anegados en melancolía y la sonrisa apacible en los labios, y toda tú eras una sonrisa, sonrisa de esperanza!

Luz.—Qué dulce era para mí sonreírte y haberte llevado la esperanza...

MARCELO.—Eras como el agua clara que suavizaba con musgos las asperezas rocallosas de mi alma.

Luz, *muy dulcemente, con los ojos luminosos*.—No seas tonto...

MARCELO.—Y entonces, en aquellas noches de insomnio, murmuraba mentalmente, como una oración mil veces repetida, los versos con que en tantas tardes he pretendido acariciar tus oídos:

«Mostrosse si piacente a chi la mira
che da per l'occhi una dolcezza al core».

Luz.—Sí, los recuerdo; me enseñaste su sentido una tarde allá en la quinta: se muestra tan complaciente a quien la mira que da una dulzura al corazón.

MARCELO, *con voz que es una caricia*.—No seas tontuna... Muéstrase tan placentera a quien la mira, que por los ojos lleva una dulzura al corazón...

Luz.—Aquellos tiempos...

Ambos se miran en largo silencio.

ESCENA VIII

Dichos y ANGELA, que entra excitada en la oficina

MARCELO, *en pie, enérgico*.—A qué has venido?

Luz.—Angela!

ANGELA, *a Marcelo*.—Para ver alguna vez la angustia en tu semblante.

MARCELO, *serenamente*.—Vienes a gozarte en tu venganza: es una voluptuosidad inofensiva... Pues bien, has hecho el viaje inútilmente: ya lo ves, me encuentras como de costumbre.

ANGELA.—Como de costumbre, no; te encuentro con tu querida!

Luz, *se yergue con dignidad*.—¡Angela! Repara en lo que dices. Me calumnias. Nada te autoriza para sospechar de mí ni para ultrajarme... Todo lo mío ha sido tuyo. An-